

5 Narraciones Fantásticas Narraciones 5 (3ª parte)  
 Narraciones Fantásticas Narraciones Fantásticas \*



por  
 Victor J. Estéban  
 D.b. B-5523/85

tiraje:  
 225 ejemplares numerados.

Barcelona, 16 Octubre 1985



n. setantaquatre



## LOS TRES GALGOS Y LOS TRES CABALLEROS.

En un iluminado salón de posguerra se encontraban reunidos, tres caballeros que discutían acaloradamente sobre un punto, que al parecer no era compartido por uno de ellos. En la casa que los albergaba no existían más moradores que ellos y sus voces y, entre cortadas palabras que semejantes a un eco resonaban por los rincones. Aquella misma tarde habían decidido apostar en una privada competencia de galgos, por lo que salieron a un paraje próximo y en una explanada decidieron dar principio a la carrera y la apuesta. Los galgos que debían correr eran tres, tres también serían los caballeros apostantes, cada uno dueño de un galgo; cada uno de ellos, intentaría asegurar su victoria. Se dió la salida, uno de los galgos quedó inmóvil en el punto de partida, los otros dos salieron raudos tras el señuelo; su dueño desesperado y entristecido por la actitud del perro se sentó junto a él y empezó a acariciarlo sentándolo sobre sus piernas; los otros dos galgos le llevaban ya una gran ventaja, la meta, situada tras unos arbustos quedaba cada vez más próxima a los otros dos galgos, que empezaban ya a jadear de cansancio, sus dueños respectivos redoblaban las apuestas. De pronto, el galgo que había quedado inmóvil en la salida decidió sustraerse a las caricias que aún le prodigaba su dueño; cuando los otros dos galgos llegaban a pocos metros de la línea de arbustos fijada como meta, se vieron alcanzados y luego rebasados por el tercero que pasó a su lado como una flecha. Pese a su victoria, el galgo rezagado murió a los pocos segundos debido al formidable esfuerzo desarrollado. Nadie pudo consolar al abatido dueño. Los otros dos caballeros, de común acuerdo decidieron anular la apuesta, ante aquel magnífico esfuerzo del perro ahora moribundo, los otros dos galgos y el vencedor, quedaron allí, tendidos sobre las hierbas. Cabalgando por la senda de regreso a la casa iban los tres caballeros, el que había perdido a su galgo iba llorando y en su aturdimiento cayó de su montura y se dió con una gran piedra en la cabeza, los otros dos jinetes desmontaron y lo encontraron agonizante en el suelo, pero increíblemente el galgo que le había pertenecido y que todos creyeron muerto llegó corriendo a su encuentro, a tiempo de ver como expiraba su comprensivo dueño y aunque parezca mentira, también evitó su muerte y sacándolo de su inconsciencia le dijo: "Tus amigos también han perecido, sus caballos asustados por tu caída, se precipitaron desordenadamente por ~~ese~~ desfiladero, pero te diré algo (a todo eso el dueño del galgo estaba estupefacto), y así le dijo el galgo: "Los tres que somos galgos, fuimos antes tres caballeros, vengo a librarte de la muerte y del pesar, pues aún viniendo yo de allí, lugar del que pocas veces hay retorno, quiero seguir siendo tu galgo, pues cuando quedé quieto en la salida, a pesar de lo que habías apostado por mí, no me pegastes ni me insultaste, sino que me sentastes junto a tí y me acariciastes, por eso corrí más allá del límite de mis fuerzas, por eso te di la victoria y por eso escapé de mi propia muerte, para habllarte y hacerte escapar de la tuya propia y que así podamos seguir siendo siempre amigos". El dueño del agradecido galgo, sentó en sus piernas a éste y lo acarició.

Víctor Esteban



Al Doctor Alexander Fleming  
inventor de la penicilina;  
al Doctor Barbacid, investi-  
gador del cáncer.

En plena época de la recolección de la fruta, dos médicos noruegos se preguntaban entre sí a que se debía la aparición de la mosca blanca (desconocida hasta entonces) entre la variedad de frutos recogidos, de los árboles de aquella aldea. La mosca blanca aparecía, muerta casi siempre junto a peras y manzanas en cantidad apreciable. Los investigadores médicos, tomaron algunas muestras de la mosca blanca, recogida de ahora de diferentes frutales de la región. A la ignorancia de los lugareños se añadía además una incógnita que era porque la ingestión (no precisamente casual) de la mosca por niños de la comarca, producía en ellos una total desaparición de los síntomas gripales, así como otros de carácter infeccioso en espacios de tiempo cortísimos. Los dos médicos se pusieron a trabajar inmediatamente en la preparación de extractos con vehículo acuoso o alcohólico de mosca blanca. Investigaron en el microscopio sobre preparaciones de los tejidos del apéndice abdominal de la "alba cantharis", de sus alas y de su cabeza, todas ellas de color blanco marfil, incluso examinaron sus peludas patas que no se diferenciaban en nada, de las de la mosca común. Al cabo de unos días de estudiar la nueva variedad de mosca blanca, los doctores pudieron percatarse de que ésta no se diferenciaba en nada de las moscas vulgares negras, excepto por su peculiar color, pero reanudaron su estudio sobre especies de moscas blancas y negras. Prepararon algunos caldos de cultivo en los que dejaron desarrollarse gérmenes infecciosos diversos; al cabo de un tiempo obtuvieron del peso de 500 gramos de las moscas un extracto acuoso de 1 gramo al que designaron con el nombre de Extractus Cantharidis principium o abreviado c.p.e 1/500, luego dejaron caer pequeñas cantidades de éste sobre los caldos de cultivo preparados con los gérmenes infecciosos de las más diversas procedencias. Dejaron las cajas Petri reposar varios días; dentro de las redondas cajas de vidrio tenía lugar una experiencia desconcertante.

Al cabo de una semana los dos médicos: Arnold Francis y Frank Frater, pudieron comprobar con sorpresa como los cultivos de gérmenes infecciosos habían desaparecido de las cajas de cultivo absorbidos por una sustancia de apariencia helada y frío contacto, que observada al microscopio no contenía ninguna partícula, ni infecciosa, ni procedente del extracto. Sorprendidos por la efectividad de éste último decidieron aplicarlo ahora sobre células cancerosas procedentes de un cuerpo humano vivo. Al cabo de dos días y en contacto con el extractus cantharidis principium las células infectadas por el cáncer se habían extinguido en su totalidad. Decidieron aplicar el extracto a enfermos infecciosos de todas clases y a otros diagnosticados de cáncer. Las enfermedades desaparecían en un tiempo record. En pocos meses la mosca común (blanca y negra) pasó a ser algo tan buscado como en otros tiempos el oro. Los laboratorios las cotizaban a 50 \$ el gramo. Los cazadores de moscas proliferaron por todas partes.



## LA SAGA DEL PRINCIPIO IRREAL

Dormía la noche a oscuras, reventaba su labio apenas descifrado por una gota de agua que tenía en sí misma su pobreza y su riqueza, igual que lloraba un niño en la montaña. Relampagueaba sin definir la aurora y los gatos jugaban con latas de sardinas vacías alrededor de la abandonada hoguera, en el polvo. Yo sabía que todo aquello debía existir y no pido al aburrido lector que se unte de tales imágenes, sólo le pido que intente imaginarse el brillo majestuoso de la luna a una altura tal que la misma, piensa un lugar seguro por donde desvanecerse definitivamente, esa era su vocación, desvanecerse. Y si la luna pensaba desvanecerse, imagínese nuestro horror a ver desaparecer tan hermosa amiga; el peso de la techumbre de aquella choza en un momento y un lugar dado era tan intenso que iba a hacer hundirse en el fango a por lo menos tres rocas que estaban descorazonadas al intuir ante ellas un futuro de asfixia y trepidación. Las hojas mojadas en las ramas, los aullidos del perro y el gotear de agua fuera del estanque, no daban lugar a dudas; había que dirigirse al convento de monjas más próximo, tocar la campana y solicitar ayuda. La luna y su luz, penetraban de momento en el curvo y empedrado callejón del convento. Estaba amaneciendo y hacia la obra caminaban tres peones con sus bolsas de los juegos olímpicos de Sapporo llenas con botellas, latas y fiambreras, camino de la hormigonera y de los ladrillos, con ojos cansados, cuerpo destemplado por el frío y silencio casi obligado en las reseca bocas, noche ocultas del frío bajo las mantas que el invierno ponía a su disposición. Han camino de la obra y Mohamed el obrero escupía en el polvo y su saliva era amarga. Su mujer y sus dos hijas dormían a esas horas a muchos kilómetros de allí y él pensaba en ellas, o a lo mejor le daba igual que aquel amanecer fuese tan frío y sólo pensaba que en calentarse al llegar a la obra y en escupir o seguir andando o mirar las farolas de aquel pueblo de la costa. A esas horas, las colmenas humanas vomitaban desayunos calientes y excitantes cafeínicos y carne caliente por las escaleras de la calle, por la que también bajaban trozos de pan mojado, palomas muertas de frío, colillas y recuerdos de Xra que bajaba de su maldita estrella para soñar en la tierra; su aliento olía mal, sacó de la bolsa de deporte un papel de periódico en el que había envuelto un bocadillo de mortadela, partió éste en dos trozos y mientras las heladas nubes empezaban a salir, él aguardaba la llegada del ferrocarril que lo dejaría al pie de la obra. Las siluetas de los tres obreros eran oscuras, incapacitadas a aquella hora tan temprana para cualquier cosa

(Continúa pág. siguiente)



(Viene de la pág. anterior)

que no fuera encender un buen fuego en el bidón y alimentarlo con trozos de madera de unas cajas de fruta vacías, pero la descarada luz de la calle les hizo irritarse de frío por décima vez y se condujeron hacia la plaza de los caños de agua que derivan su impetuosa corriente hacia un mar superpoblado de peces, submarinos y chozas lindantes con la orilla que en aquellas horas oscuras y abisales no tenían nada que cantar. El gato manchado de blanco y gris entró refulgente en la caseta donde los obreros se empezaban a cambiar y salió dando saltos encima de los sacos de cemento, de la hormigonera y de una pala hasta aterrizar en el suelo. Mohamed sacó su almuerzo y bebió un trago de su botella de vino blanco, a esas horas y con hambre, mientras hincaba el diente en el bocadillo pensaba en su mujer y sus hijas allá en Oujda y pensaba que a ello no cabía darle la menor importancia. Ellos tampoco se acordarían a veces de él y eso que ella fregaba los platos de barro bajo el delgado chorro de una fuente que circula al amanecer entre dos estrellas archisabidas, pero de las que nadie suele tener conocimiento. El trem estaba poniéndose en marcha y los paquetes de galletas estaban alborozados por la llegada de la aurora y del sol y se repetían continuamente, que ya falta poco. El escritor en su caseta en la que sólo moraban la fé y el desaliento a partes proporcionales, se desvivía por mantenerse despierto; mientras, los obreros hubiesen vuelto a sus casas si aquel día hubiese sido decretada la huelga. Un médico de pueblo asistía en aquel mismo instante de la mañana a una parturienta y cuando el bebé asomó su cabeza, llenó de luz la agonía de la noche; Mohamed miró al cielo, o sea aquella despiadada e infeliz hora de las seis de la mañana y pensó que al mediodía posiblemente se encontrase mucho mejor.

Fue entonces, cuando al ir a coger las herramientas de trabajo, les salió el capataz al encuentro y dándoles un sobre con una cantidad de billetes indeterminada pero sólida les dijo a sus incrédulos oídos:

- "Volved otro día", - "madrugáis demasiado". Ellos lo escucharon todo eso con asombro infantil y cogieron el sobre con el dinero que el capataz les iba repartiendo, sonaron risas y bromas, pero el capataz continuó imperturbable su labor de ir repartiendo los sobres a cada uno, todos volvieron a la estación para coger el trem de las siete, que por aquel día los conduciría de nuevo a sus casas.

Mohamed llegó a la pensión donde se estaban levantando a aquellas horas los huéspedes madrugadores, se metió entre las mantas, encendió un cigarrillo y al tiempo que veía por la ventana una mañana lluviosa y fría suspiró mirando la foto de su mujer y sus hijas, deseando volver a su país. Las palabras del capataz aquella mañana resonaban en sus oídos: - "Volved otro día", - guardó los billetes en el cajón de la mesilla y se dio la vuelta para dormirse. Al mismo tiempo, en otro lugar de la ciudad el escritor acabó su cuento.

Víctor Esteban



## HIPOACUÁTICA

En las sombras nocturnas de un paraje desértico inapelable, dormían tres burros que procedentes de diferentes regiones presumían entre ellos de haber huído de sus respectivos dueños con la mercancía, de la cual aún no se habían desprendido. Las moscas ya no los atosigaban bajo aquel palmeral del oasis y descansando echados en tierra soñaban a su vez con seis caballos de carreras que alumbraban sus cuabras respectivas con unos focos de luz procedentes de sus ojos. Estos caballos (seguramente ejercitados en la equitación), soñaban a su vez que derribaban a sus jockeys en el transcurso de una competición hípica que tenía lugar algunas millas al oeste de Londres. Así se inició la que podríamos denominar como "la fábula de los tres burros y los seis caballos de carreras con luz propia", pues desde luego estos desusados hechos tenían lugar bajo el agua y era un pez, el que, acusando la enorme presión de la fosa abisal a la que se había visto arrastrado por una corriente submarina, concebía este imaginario desfile de equinos tras un pesado sueño, producto de la ingestión excesiva de algas no pertenecientes a su hábitat normal. El insólito argumentista pensaba asimismo en una ballena a la que había visto en profundidad, temiendo en cuenta que éste ingenioso pez había sido tragado no hace mucho por uno de estos enormes cetáceos y que a pesar de la superficial digestión, había sido devuelto a su salado medio con algunas escamas de menos. Todo ello no contribuía precisamente a aclarar sus ideas, pues su desarrollado sistema circulatorio le había permitido, una vez arribado a tierra, entrever por uno de sus ojos algo de lo que en la orilla de aquella playa estaba sucediendo; así había entrevisto a diez cuadrúpedos (los tres burros y los seis caballos de carreras, más un mulo que se había unido a los anteriores) abreviar junto al mar, en un riachuelo que desembocaba por allí, precisamente junto a su ojo. Los animales terrestres habían pensado los unos en el otro y el pez en ellos y así los tres burros, los seis caballos, el solitario mulo y el pez configuraban una sutil escena al borde de un riachuelo que desembocaba en el mar y que de ser cierta estaba pasando a los anales de la zoología debido a la especialización de las imágenes que sus veintidós respectivas retinas recibían del exterior, especie de sueños de nuestra prolija realidad.

Víctor Esteban



Recorrí la ciudad de lado a lado por lo menos unas seis veces, supe que no era pentagonal ni circular, supuse que era un círculo que en sus cerca de veinte lados se definía mejor que un poliedro, pero todo este proceso de deducciones geométricas, para que me servía, sino tenía ni un dirham en el bolsillo; el sol y sus reflejos crepusculares me teñían de un rojo suave, casi rosa y a lo lejos divisaba siempre un mar que no podía beberse, llegué a subir y bajar la misma cuesta que llevaba a la muralla unas veinte veces aquella misma tarde, la luna, con su azulada luz nocturna blanqueaba las asombradas y blanqueadas paredes, sentí frío, por fin cansado de vagar me eché en el suelo, puse mi boca sobre una piedra que estaba fresca y de espaldas el resplandor del astro me bañó con su brillo áspero; a lo lejos se escuchaba el mar descargando su fluído peso sobre la arena, apliqué el oído al suelo y escuché un murmullo bajo el irregular empedrado; un burro blanco sin arneses subía la cuesta de la alcazaba a la luz de la luna, sus cascos golpeaban el suelo y sus pasos se dirigían hacia mí; se detuvo y me miró, en sus ojos adiviné mi mismo cansancio, sujeté entre mis manos una cuerda que pendía del agrisado y húmedo hocico del animal, lo conduje dos o tres pasos adelante sin dejar de mirarlo y entonces me dijo: -"sube"-, yo estaba como hechizado, me arrié a él y me subí sobre su lomo. El burro me condujo cuesta abajo y al rato se desvió por un camino que nos llevó bordeando la playa hacia los suburbios, el mar con su blanca espuma acariciaba los límites de la vieja Tingis, pronto llegamos a un barrio que por lo que pude ver estaba constituido por cabañas hechas de materiales de recuperación o de metales provenientes de viejos bidones de carburante (1), el burro me condujo lentamente a través de los callejones formados entre barracas, por allí escuché roncar a varios niños e intentar conciliar el sueño a hombres y mujeres que de día vivían como podían, bien de los turistas o de la mendicidad, de día los había visto pero nunca pensé que vivieran aquí, tan cerca del mar, alguna anciana insomne se acurrucaba junto a una piedra, la ropa tendida fuera de las cabañas, se secaba, azulada su blancura por la luz de la luna y a veces se agitaba mecida por el aire de la noche. Allí arriba en la ciudad nueva se veían brillar las mansiones, las casas de los turistas europeos o americanos que habían escogido la ciudad como residencia permanente, más allá, estaban las casas de los embajadores, de los comerciantes, de los representantes del gobierno, de los funcionarios, de los espías; pero en las bidonvilles se respiraba una calma vital, el sueño quizás inquieto por las toses y la fiebre, inquieto, por la incógnita que representa desconocer si se comerá mañana o no, si habrá que robar o quizás ser encarcelado por conseguir un reloj de oro o una cartera, para lograr subsistir otro día o comprar el medicamento que necesita el pequeño Hamnadi o para poder emigrar a España o a Francia y conseguir el trabajo necesario para alimentar a la familia sin penalidades; un sueño quizás turbado por el fuerte olor de basuras amontonadas no muy lejos de las barracas; luego el burro se alejó, al llegar a la kásbah me volvió a decir -"desmonta"- y el burro continuó su camino. El sol empezaba a clarear y el cielo se iba dorando, en el suelo encontré dos higos semiaplastados que comí con placer, hacía fresco. Me volví a echar en el suelo y me dormí. Cuando desperté el sol aún no estaba muy alto.

Víctor Esteban Martínez

(1) Estos barrios de cabañas construidas con bidones y condiciones de gran insalubridad reciben el nombre de bidonvilles y abundan en los barrios de las ciudades de África del Norte.



a-  
c-  
n

-  
e-

-  
a-  
u-

u-  
ti-  
a

i-



